

ESTUDIOS ARTISTICOS.



Vista del palacio del Franco en Brujas.

SEGUNDA SERIE.—1837.

AÑO XV. 28.

EL PALACIO DEL FRANCO EN BRUJES.

El viajero que se pasee en Brujes á lo largo del canal Mármoles, casi en el centro de la ciudad, nota bien pronto un edificio pintoresco cuyos viejos muros se reflejan en sus aguas. Y laderas y musgo festonean la base. Cuatro elegantes pozos se alzan á su lado y en el intercalo desfilan atrevidos campanarios. Sobre la izquierda un oratorio abre su gran ventana ojival; una galería en coro de ventanas arqueadas con balcones adornan la parte inferior. Muchas filas de agujeros en la piedra introducen la luz en las diferentes salas del monumento. Tras de aquella construcción poética se ve cual una pirámide la alta torre de la alarma. Se tiene á la vista uno de esos lindos cuadros que buscan los aficionados á las artes, los genios serios y contemplativos.

En aquel inmenso edificio, que aun permanecía en pie en el siglo último, se reunía el *tribunal franco* de Brujes. Llamábase así la comarca y ciudad que estaba al principio sometida á la jurisdicción del grande ayuntamiento flamenco; pero las riquezas, el poder y las continuas revueltas de los brujenses inspiraron á los duques de Borgoña el proyecto de debilitarlos. El mejor medio era separar la ciudad de su territorio, escitar una parte de la población contra la otra. En 1429 Felipe el Bueno dió á los habitantes de la campiña el antiguo palacio de los condes de Flandes, edificado sobre el sitio del palacio actual, para reunir allí sus magistrados y tratar sus negocios. Un nuevo motin que estalló en Brujes en 26 de ene-

ro de 1473 dió ocasion al duque para decretar la independencia del franco. Siguiose una larga lucha; empero los ciudadanos fueron vencidos y obligados á reconocer el 17 de febrero de 1483 la emancipacion de los arrabales. Los campesinos recibieron inmediatamente una bandera y sellos. Conservaron sus privilegios hasta la conquista de los Países Bajos por los franceses.

El monumento actual fué construido desde 1521 á 1523. Desgraciadamente ha desaparecido la antigua fachada. Un pórtico avanzado con seis arcos ha sobrevivido, el que coronaba un piso principal con seis ventanas cuadraterales. Una plataforma le terminaba adornada de ocho estatuas; detrás de la plataforma se levantaba un segundo piso muy sencillo, que en lo antiguo creemos que subia detrás de esa lindísima torre octógona con una flecha de madera. Fué destruida esta fachada en 1722 y reemplazada por la que hoy se ve; pero los costados del palacio que acabamos de describir no han padecido alteracion alguna. Encantan todavíá la vista aquella ligera gracia que atrae la imaginacion del espectador hacia épocas remotas de meditacion.

Desde la conquista francesa el antiguo palacio del Franco sirve de tribunal de justicia. Encierra en su interior muchos cuadros preciosos, sobre todo hay de admirable que existe una chimenea de madera que decora una magnífica moldura de arabescos del tiempo de Maria de Borgoña y de Maximiliano de Austria: pocas obras ha producido tan ricas y delicadas el renacimiento. Los brujenses han celebrado con ese gusto tan peculiar á la raza flamenca.

FACUNDO MIGUEZ.

ESTUDIOS ECONÓMICOS.

GANADOS TRASHUMANTES.

Emilio Loubon ha pintado con verdad y vivo colorido la marcha de un ganado merino trashumante por una de las cañadas de la sierra de Cameros. Presentamos á nuestros lectores una copia grabada en acero de este lindo cuadro.

La ganadería lanar trashumante ha constituido hasta tiempos no muy apartados de nosotros, un ramo de riqueza de la mas alta importancia, que no por haber venido á decaer lastimosamente en los nuestros, deja de conservar todavíá vestigios de su anterior grandeza. Admirablemente adecuado nuestro país para la crianza de todo ganado, debió además á la Providencia el privilegio esclusivo durante muchos siglos, de poseer razas especiales del lanar, que mas que ningunas otras se prestaban á la fabricacion de cierta clase de tejidos. Resultado de estas felices circunstancias, fué que dejando de considerarse aquella granjería solamente como un medio de satisfacer las necesidades locales, creciese su importancia hasta el punto de merecer de los gobiernos una proteccion especial que no lograron, en verdad, otras industrias.

Pero esta ha vivido y se ha desarrollado entre nos-

otros de una manera particular que si es verdad que ha contribuido á su mayor engrandecimiento, á vueltas de este innegable beneficio, no ha dejado de producir inconvenientes de consideracion.

Dos eran las bases principales, sobre las cuales se hallaba como fundada esta negociacion: primera la seguridad del consumo: segunda la organizacion privilegiada de la que se llamaba Cabaña Real, y se componia de todas las ganaderías trashumantes. Cuando el consumo ha decaído, ya porque se le han abierto mercados creados de nuevo, ya porque á todas sus exigencias no corresponden todas las cualidades de nuestras lanas; cuando al influjo de unas instituciones esencialmente contrarias al privilegio, se han desamortizado unos terrenos, se han roturado otros, se ha declarado de derecho comun la facultad de acotar, y sobre todo la de cerrar las heredades: si por una parte se hallan alteradas las condiciones primitivas de nuestro sistema de ganadería trashumante; por aquellos inconvenientes han debido hacerse doblemente sensibles á proporcion que se han ido levantando y creciendo nuevos y respetables intereses.

Si buscamos el origen de la trashumacion entre nosotros, lo hallaremos hasta en la configuracion topográfica de nuestro mismo suelo. Cruzanle en varias direcciones

estensas cordilleras, que cubiertas de nieve durante una parte del año, deben á esta circunstancia y á su extraordinaria elevacion la ventaja de proporcionar sabrosos y abundantes pastos, que no alcanzan á abrasar nuestro sol meridional.

Por otra parte tenemos valles anchurosos, dilatados y fértiles llanuras que respeta el hielo del invierno, y en que encuentran los ganados la abundancia y el abrigo, que en vano se pedirian durante esta rigurosa estacion á las cumbres de las montañas.

Estas circunstancias, la necesidad de aprovechar tan feliz alternativa, mediante la cual con gastos incomparablemente menores, podia proporcionarse á los rebaños alimento constante y sano, debieron decidir ya muy de antiguo á nuestros ganaderos á trashumar, es decir, á variar de territorio á los ganados, segun las diferentes estaciones. Si tal pudo ser el origen de la trashumacion en España, á su desarrollo y crecimiento ha contribuido sin duda poderosamente otra causa, que durante siglos encontramos escrita en la historia de nuestra patria. Porque rara vez deja, en efecto, de encontrarse en la historia general de un pueblo la explicacion de los fenómenos que mas principalmente han contribuido, segun la acertada ó equivocada direccion que se haya dado á los elementos de su riqueza y bienestar, á su progresivo engrandecimiento ó decadencia.

Sabidas son las vicisitudes por que pasó nuestra patria desde que hundida en el Guadalete la monarquía goda, se empezó la larga y laboriosa tarea de reconquistar palmo á palmo el territorio y de reconstruir el edificio de nuestra nacionalidad.

El estado de guerra permanente en que por siglos enteros vivió aquella sociedad, las costumbres belicasas que habian de ser su inmediato resultado, al paso que necesariamente separaban á los moradores de las faenas agrícolas, que mas que ningunas otras requieren seguridad y sosiego, debieron hacerles fijar preferentemente la atencion en un género de riqueza, que no solo proporcionaba fácil y seguro alimento á los hombres de guerra, sino que con sus productos naturales contribuia mas que otro ninguno á subvenir á necesidades, si reducidas, no por eso menos apremiantes.

Tenia ademas la industria pecuaria la incomparable ventaja de ocupar menos brazos, de estar por la misma movilidad de su naturaleza menos espuesta á las invasiones de los sarracenos que la riqueza agrícola, que no es dable ocultar, y que por tanto entonces, como siempre, mas que todas sufría el peso de aquella guerra de estermio.

Ganábanse, es verdad, todos los días estensos territorios del enemigo; pero sobre no ganarse siempre con la seguridad de conservarlos, cuando habia la posibilidad de defenderlos, faltaba gente para poblarlos, y sobre todo, medios para reducirlos á cultivo.

Eran estos inconvenientes otras tantas ventajas que abogaban á favor de la ganadería, que necesitaba menos gente, teniala tambien mas dispuesta para el combate. Y sobre todo, pudiendo abandonar cualquiera localidad menos segura al mas ligero asomo de peligro, aprovechaba entretanto los abundantes pastos que ofrecia esta bajo el amparo que le prestaban así los reyes como el pais, interesados en su fomento y conservacion. Ni era este el único

beneficio que de semejante estado de cosas reportaba aquella granjería.

Creaban tales precedentes prácticas y costumbres, que elevándose mas tarde á la categoría de derechos adquiridos, habian de servir de base y fundamento á los privilegios que en lo sucesivo se les concedieron.

Con todo esto no debió la ganadería su esclusiva importancia á dichas causas. Mayor impulso y desarrollo recibió todavía de la circunstancia de no tener que compartir en aquellos tiempos con otras industrias rivales, ni el favor de los pueblos, ni la especial proteccion y preferencia de los monarcas.

Pero llegó el caso de que variadas las condiciones de la sociedad española, surgieran nuevas y poderosas necesidades, y de que á su impulso se levantasen y creciesen nuevos intereses que no podian menos de chocar de frente con los creados anteriormente. La rendicion de Granada puso dichoso término á la dominacion de los árabes en la península, y coincidiendo este triunfo de nuestras armas con la reunion en una sola frente de las coronas de Aragon y de Castilla, realizó el establecimiento de la unidad nacional, y puso los cimientos para la formacion de una de las monarquías mas poderosas del mundo. Las guerras que de allí en adelante estaba llamada á sostener, aunque tan desastrosas, no habian de ensangrentar, salva alguna que otra escepcion de doloroso recuerdo, la tierra española, ni consumir en intestinas contiendas las fuerzas todas del pais. A fines mas dignos y mas altos nos encaminaba por entonces la Providencia.

Sonaba demasiado lejos en Italia, en Flandes y del otro lado del Océano, el estruendo de las armas para que pudiese atemorizar los ánimos retrayéndolos de las artes útiles y de las ocupaciones pacíficas; al paso que la gloria de nuestro nombre, que entonces llenaba el mundo, garantizaba la inviolabilidad de nuestro territorio.

Lejos estaba entonces, muy lejos por ventura, el día en que nuestras desgracias habian de abrirlo otra vez á las armas extranjeras, y traer sobre él la espantosa plaga de las discordias civiles. Otros eran los peligros políticos, otros los errores económicos que habian de contribuir á empobrecerle en medio de aquella aparente prosperidad. Su discusion no es de este lugar. Su enumeracion está íntimamente ligada con el fondo de nuestro asunto.

Variadas las condiciones interiores de la monarquía; restituidos á los campos la seguridad y sosiego de que habian carecido durante siglos, era natural y consiguiente que sus moradores volviesen los ojos á la agricultura, y á todas las artes que mas ó menos contribuyen al desarrollo y complemento de esta madre comun de todas las industrias.

Pero al tomar del suelo la posesion que legítimamente le correspondia, habia ella de lastimar necesariamente los derechos creados exclusivamente en favor de la ganadería trashumante, que por el hecho mismo de haberse concedido y disfrutado sin tener en cuenta para nada los intereses de un cultivo que no existia, lejos de ser siempre conciliables con este, hubieron de ser hostiles á su advenimiento, y de ponerle en algunos casos dificultades y trabas insuperables.

Tan lamentable divorcio de dos industrias nacidas para ser hermanas y que solo el influjo de las circunstancias ha-

bia hecho crecer separadas, estableció entre ambas una rivalidad funesta y una lucha de interés, por desgracia no acallada todavía, y en la cual, si una de ellas ha ido perdiendo necesariamente parte de sus privilegios, no siempre ha reportado la otra todas las ventajas y facilidades que estaba en el caso de pretender, para dejar y desembarazadamente al alto grado de prosperidad con que la convidan la suavidad de nuestro clima y la proverbial fertilidad de una gran parte de nuestros campos.

Mucho debió contribuir también para conservar á la ganadería trashumante su anterior preponderancia, aparte del recuerdo de las innegables ventajas que de ella se habían reportado en la guerra de los árabes, la misma costumbre que hacia mirarla siempre con particular estimación y que reconociendo en su favor usos y prácticas que el tiempo legitimara, convertía en derechos lo que, examinado, no podía considerarse sino como privilegios nacidos de circunstancias especiales y transitorias, que debieron concluir tan luego como cesaron las causas de su concesión.

En esta industria, además, se habían formado inmensos capitales, producto de anteriores ganancias, que por el hecho de estar reconcentrados en manos de pocas personas y ser estas de grande influencia por su gerarquía y posición social, tenían, como es consiguiente, doble fuerza, y contribuían, no ya á la conservación, sino al aumento de privilegios que no disfrutaban. Así es que, como si todavía

no pareciesen estos suficientes, ni bastante el influjo que separadamente y bajo la inspiración del instinto del peligro, podía ejercer cada uno de los interesados, reunieron sus fuerzas para acrecentar su poder, é interesaron á la autoridad para llegar ellos mismos á formar parte del gobierno.

Desde entonces leyes, autoridades, administración, todo estuvo á disposición de la ganadería trashumante, para asegurarle su protección, altamente ventajosa, sin duda, á tan favorable granjería, pero por este mismo hecho perjudicial y ruinosa en sumo grado para los intereses de la agricultura y de la propiedad.

A este pensamiento debió su creación el célebre Consejo de la *Mesta*, compuesto de los dueños y pastores de los ganados trashumantes, representados por una junta que se reunía periódicamente, bajo la presidencia de un *camarista de Castilla*.

Tenía la *Mesta* subdelegados especiales en las provincias, de cuyas decisiones se apelaba á la presidencia y de esta á la sala de Mil y quinientas; y extendía su jurisdicción privativa ya á los negocios pertenecientes al orden especial del cuerpo, ya á los judiciales, ora contenciosos, ora penales, que se rozaban con los intereses de la ganadería trashumante. No es de nuestro propósito juzgar esta institución, que ni está vigente, ni es posible que resucite entre nosotros.

FACUNDO MIGUEZ.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

GUILLERMO TELL

SALVANDO A BANONGARTUER.

Pocos habrá de nuestros lectores que no conozcan la historia de Guillermo Tell.

Su memoria está rodeada en la Helvecia, ó en Suiza, de tanto respeto como admiración; su noble y pura fama se conserva intacta bajo la vigilante guardia del reconocimiento y del orgullo nacional, y los suizos en su escrupulosa nimiedad, no permiten tocar el brillo y la popularidad de su héroe.

Un compilador, decidido ante todo por la verdad histórica, apoyándose en hechos y documentos, osó publicar hácia la mitad del siglo último, que la aventura tan famosa de la manzana era una fábula renovada, no de los griegos, sino de los daneses, y fué tal el furor que excitó su proposición, que si su persona pudo escapar, su libro culpable de atentado contra los sentimientos públicos, fué quemado por mano del verdugo del cantón de Uri.

Fuó un acto de justicia, porque las creencias populares deben creerse.

En cuanto á nosotros al menos aceptamos con buena voluntad y de todo corazón á Guillermo Tell, bajo las facciones y aspecto que le dan los suizos, y lejos de tratar de menguarlos quisiéramos poder hacer aumentar su retrato y hacerle completo.

Así no hemos querido dejar escapar la ocasión de contar una anécdota que refieren los barqueros cuando conducen los viajeros en peregrinación á la capilla de Guillermo Tell. En prueba de que no son solo las virtudes políticas sino también las cualidades privadas, la elevación y generosidad de carácter, los que han hecho inmortal en la posteridad el nombre del libertador de la antigua Helvecia.

Los bailios, lugar-tenientes del emperador Alberto en Suiza, hacían pesar sobre aquel desventurado país un despotismo tan violento y brutal, que la mujer de uno de los tres conjurados en Butli, decía á su marido:

—No quiero alimentar hijos mendigos é hijas que deshonren los extranjeros: si nuestras montañas no son habitadas por hombres sino por cobardes, Werner, dame la muerte.

Uno de aquellos agentes imperiales, habiendo querido atentar contra el honor de la mujer de un habitante del cantón de Unterwald, irritado el marido le mató de un hachazo. Perseguido por los soldados, llegó á la orilla del lago de los Cuatro cantones en el momento mismo en que una tempestad furiosa agitaba las aguas. Asustado el barquero doblemente, rehusaba salvar al culpable de la venganza imperial y también aventurarse en el lago con tan furiosa tormenta. Banongartuer (este era el nombre del habitante de Unterwald) iba á caer en manos de sus enemigos, cuando se presentó Guillermo Tell. El intrépido Guillermo no era hombre de retroceder ante la cólera de

estrangero ni ante los furiosos de la tempestad, y tales eran su fuerza y habilidad de remero que, á pesar de las palabras de precaucion de cuantos se hallaban allí presentes, atravesaba bien pronto el lago y depositaba al fugitivo seguro y libre sobre la otra orilla.

Respondia á su muger que le reprendia porque olvidase á sus hijos esponiendo así sus días:

—Al contrario, pienso en tí y en ellos cuando conservo un padre á tus hijos y un marido á mi muger.

Esta anécdota que nosotros aceptamos con gusto, tambien ha dado celebridad, exagerando los incidentes que la rodean, y recibida toda la autenticidad que puede darle el talento á todos los asuntos de que se apodera.

Ya Schiller habia hecho de ella uno de los mas interesantes episodios en su bellissimo drama de *Guillermo Tell*. Ahora Mr. Lugardon, que ha nacido en Suiza, y se halla poseido del entusiasmo de sus compatriotas, ha representado sobre el lienzo los heróicos hechos que libertaron á su



Guillermo Tell salvando á Banongartuer.

país, y acaba de presentar un cuadro en el que se ve á Guillermo Tell salvando á Banongartuer en su barca, en el momento mismo en que iba á ser cogido por los austriacos.

Distinguese la nobleza de Guillermo no menos por su estatura que por su espresion, y es tal la energía de su accion al impulsar su buque hácia el centro del lago,

que no se duda que pronto estará fuera del tiro de las balistas con que le amenazan desde la orilla los arqueros austriacos.

Nada mas augusto y noble que esta produccion, que en el conjunto como en los detalles hace grande honor al pincel del artista.

FERNANDO BELTRAN.

IGLESIA DE SAN DIONISIO.

FUNERALES DE LOS ANTIGUOS REYES DE FRANCIA.

San Dionisio, apóstol de la Francia, y primer obispo de París, habia sido enviado de Roma á las Galias á mi-

tad del siglo III. Se lee en las actas de aquel misionero que convirtió á un grandísimo número de idólatras; que quiso edificar una iglesia en París donde habia fijado su sede; y que terminó su carrera apostólica por el marti-

rio en el año 272 durante la persecucion de Valeriano. Estas actas, que á la verdad han sido redactadas hácia fines del siglo VII sobre tradiciones y rumores populares, y que por consecuencia no tienen una grande autoridad, cuentan que habiendo sufrido San Dionisio una larga persecucion, cuando pereció por la espada con el sacerdote Rústico y el diácono Eleuterio, sus compañeros, los cuerpos de los tres mártires fueron arrojados al Sena, pero que una cristiana llamada Catula los recogió y los enterró cerca del sitio donde habian sido decapitados. ¿Era en Montmartre, donde estaba el sitio de la abadía que lleva su nombre, donde San Dionisio fué muerto y enterrado? Divididas están las opiniones sobre este punto: sin embargo, la mas probable es que el santo no sufrió el martirio en Montmartre.

Vino entonces un abad de San Dionisio, Hilduino, que compuso en el siglo IX una maravillosa leyenda al patrono de su abadía; y encontró medio de conciliar esta última opinion con la tradicion segun la cual el sitio en que fué edificada la abadía habia sido el teatro de algun suceso relativo al mártir. Segun Hilduino, habiendo sido decapitado el santo sobre la cima de Montmartre, cogió su cabeza en las manos, y caminó de aquel modo hasta el sitio donde mas tarde se erigió una iglesia bajo su invocacion, en tanto que los ángeles cantaban en torno suyo *¡Gloria tibi Domine!* á cuyo cántico la mutilada cabeza respondió por tres veces *¡Aleluya!* Al ver aquello una señora gala, convertida por las predicaciones de San Dionisio, se sintió movida de gran compasion; recibió la cabeza en su seno, y como el tronco habia quedado en poder de los paganos que custodiaban tambien los cadáveres de Rústico y de Eleuterio, invitó á los guardadores de aquel depósito á una comida; y mientras los emborrachaba mandó á sus criados que robasen los tres cuerpos y los llevasen á un campo que poseia alli cerca. Poco despues les construyó un sepulcro que los nuevos cristianos rodearon con una capilla, y se llamó la *Capilla de los Santos Mártires*.

Conócese bien que no tratamos de discutir aqui la autenticidad de estas relaciones: verdaderas ó falsas, ó únicamente alteradas, basta que estén admitidas por el pueblo desde los primeros siglos del cristianismo para que den una gran veneracion á los sitios que señalan como habiendo visto verificarse aquellos hechos maravillosos; y desde entonces la prosperidad, la celebridad, el poder siempre en aumento de la abadía de San Dionisio no tiene nada de admirable.

En el siglo VII la capilla de los Santos Mártires fué reemplazada por una iglesia construida á alguna distancia, casi sobre el sitio de la iglesia actual por el rey Dagoberto. Dagoberto no dejó jamás mientras vivió de colmar de dotaciones y privilegios la iglesia y monasterio de San Dionisio, institucion que habia fundado, y que desde el reinado de aquel monarca fué una de las mas considerables y ricas del reino. Despues de su muerte fué enterrado Dagoberto en la iglesia de San Dionisio: se imitó su ejemplo por muchos de sus sucesores; y aquella basílica concluyó por tener la esclusiva posesion de ser la destinada á encerrar los restos mortales de los reyes de Francia.

Pepino, que no tuvo menos celo que suspredecesores en enriquecer y embellecer la iglesia y monasterio de San Dionisio, hizo derribar el edificio que Dagoberto habia le-

vantado, reemplazándolo por uno nuevo mas espacioso, que se terminó en tiempo de Carlo-Magno. Su consagracion se hizo en 773, en presencia de aquel monarca, que quiso dar á aquella ceremonia extraordinaria solemnidad.

La iglesia edificada por Pepino fué tambien demolida, en gran parte al menos, en el reinado de Luis el Gordo, por orden de Suger, el mas célebre de los abades de San Dionisio, que la hizo en seguida reconstruir sobre un diferente plan (1137). El pórtico y las dos torres que todavia se ven hoy datan de aquella época. Quiso Suger que lo interior de la iglesia correspondiese á su exterior; y entre otros monumentos colocó alli un rico sepulcro en honor de San Dionisio y de sus compañeros mártires. A este ministro abad se deben las famosas puertas fundidas, trabajadas al cincel, doradas con oro molido, y sobre las que estaba representada la Pasion: dotó ademas á su iglesia de las vidrieras pintadas á gran coste; de un Cristo de oro macizo, de peso de ocho marcos, clavado en una cruz magníficamente esmaltada, y teniendo á sus pies los cuatro evangelistas; de un facistol guarnecido de marfil, en donde estaban esculpidos los hechos de la historia antigua, con un águila de un trabajo admirable dorada con oro molido. La iglesia de San Dionisio recibió en seguida del abad Suger siete candeleros ricamente esmaltados; un cáliz grande de oro, de peso de ciento cuarenta onzas, adornado de jacintos y esmeraldas; un precioso vaso de una sola esmeralda, hecho en forma de góndola, y que habia sido comprado por la considerable suma para aquel tiempo de sesenta marcos de plata; y en fin, una multitud de objetos raros y curiosos, cuya lista detallada por los analistas de San Dionisio es comparable solo á las maravillas de las Mil y una noches.

En aquella época fué cuando el Oriflama, banderola ó estandarte de que se servian los abades de San Dionisio en sus guerras y contiendas privadas, comenzó á ser la bandera de los reyes de Francia.

La fortuna de la iglesia y el poderío de los abades de San Dionisio no se detuvieron en tan buen camino. Un siglo mas tarde el abad Eudo Clemente emprendió la reconstruccion de la parte superior de la iglesia, que no se terminó sino en 1281 por Mateo de Vandoma. Este último abad fué el que en los funerales de San Luis, en presencia del nuevo rey y de toda la corte, rechazó y privó de entrar al arzobispo de Sens y al arzobispo de París, que habian venido á asistir á aquellas fúnebres ceremonias cerrándoles bruscamente la puerta de su iglesia. Nosotros vemos en este acto de omnipotencia abacial una nueva prueba de la alta autoridad con que se hallaba investido el abad de San Dionisio.

No solo era el sepulcro privilegiado de los reyes de Francia, sino que entraba casi con la iglesia de Reims en participacion de la prerogativa de consagrarlos. Era en efecto la depositaria de la corona, del cetro, de la mano de la justicia, de los vestidos y ornamentos que servian en las coronaciones.

Aquellos objetos eran llevados á Reims por el abad y los religiosos, que se los apropiaban despues de la ceremonia: las alhajas é insignias de los reyes, de las reinas, y de los príncipes de Francia les pertenecian tambien. Los entierros reales eran tambien un pretexto de liberalidades, de dotaciones, y de embellecimientos á la iglesia de

todas clases. Estos entierros, que dieron tanto esplendor y celebridad á San Dionisio, se hacian con ceremonias que segun todas las probabilidades no volverán á verse mas; y por esta misma razon será muy grato á nuestros lectores el que les demos aqui su descripcion.

Los diez y seis gentiles-hombres llevaban la cama fúnebre, sobre la que estaba acostada la figura ó efiegie del rey, de cera, llevando la corona en la cabeza, un cetro en la mano derecha, una mano de justicia en la izquierda, las piernas calzadas con brodequines de tela de plata bordada de oro, con suelas de seda carmesí, y dos grandes almohadones de paño de oro, el uno sobre la cama, el otro bajo los pies. Aquella efiegie tenia una camisa de la tela mas fina, bordada con un bordado de seda negra, y encima de aquella camisa una camisola de seda carmesí, cuyas mangas se veian hasta los codos, porque el resto los cubria la túnica que era de seda azulada, bordada con grandes adornos de pasamanería de oro y plata, y sembrada de flores de lis de oro. Todo esto estaba envuelto en un manto real de terciopelo morado y carmesí tirando á azul, sembrado igualmente de flores de lis de oro. Aquel manto que no tenia mangas estaba abierto por delante y forrado de arminio, con un cuello tambien forrado de arminio y caido á lo ancho de unas diez pulgadas.

El féretro donde se encontraba encerrado el cuerpo del rey difunto, ordinariamente estaba debajo de la cama imperial, y algunas veces iba en un carro de seis caballos delante.

Cuatro presidentes de los tribunales vestidos con sus togas, llevaban las cuatro puntas del paño mortuario de oro, y á su alrededor iban los demas miembros del parlamento vestidos de encarnado. Era llevado el coche por el preboste de los mercaderes y de los regidores. El caballero mayor llevaba la *espada real* con una banda negra; caminaba delante del lecho fúnebre, montado sobre su palafren con gualdrapas de seda blanca, y delante del caballero mayor iba el *caballo de honor* con una silla de terciopelo morado, estribos dorados, y caparazones del mismo terciopelo sembrado de flores de lis de oro. Dos caballeros á pie vestidos de negro y con la cabeza descubierta, llevaban este caballo de las riendas; y cuatro lacayos vestidos de negro y con la cabeza descubierta, sostenian las cuatro puntas de su caparazon.

Probable es que aquel caballo de honor, aquellos dos caballeros y aquellos cuatro lacayos que le acompañaban, estuviesen allí para recordar el caballo y los servidores que se mataban ó enterraban con los reyes de la primera raza, antes que hubiesen abrazado el cristianismo.

Luis XIII, murió en San German de Laya, y no se llevó su cuerpo á París, su entierro no tuvo todo aquel pomposo aparato que los de sus predecesores. Cuando se terminaba la misa en San Dionisio, el maestre de ceremonias iba á llamar á los cuatro presidentes del Parlamento, para que tuviesen las cuatro puntas del paño mortuario. Veinticinco guardias de la compañía escocesa, mandados por un teniente y un exento, bajaban á la bóveda el cuerpo: el rey de armas se aproximaba á la abertura de ella, y arrojaba allí su sombrero y su cota de armas, y en seguida gritaba en alta voz: «Heraldos de armas de Francia, venid á hacer vuestros oficios.» Cada cual, habiéndose quitado tambien y arrojado en la bóveda su sombrero y su cota de armas, or-

denaba al heraldo de armas del título de Orleans, que bajase allí para arreglar sobre el féretro *todas las piezas de honor*, que él llevó, y fueron traídas en el órden segun cada uno de los grandes oficiales de la corona estaban encargados: la bandera de los cien suizos de la guardia, las tres banderas de los cien arqueros de la guardia escocesa, las espuelas, los guanteletes, el escudo del rey, la cota de armas, el casco timbrado con el penacho del rey, la espada real, la bandera de Francia, la mano de la justicia, el cetro real, y la corona.

La mano de la justicia, el cetro y la corona iban llevadas sobre almohadones de terciopelo negro; el rey de armas las recibia sobre un gran pedazo de tafetan, y el heraldo de armas de Orleans lo colocaba sobre el féretro con las demas piezas de honor, excepto la espada real que el caballero mayor no presentaba sino de punta en la bóveda agarrándola por el puño, asi como el gran chambelan no presentaba sino la punta de la bandera de Francia. Diez y seis mayordomos llamados á su vez y por sus nombres, arrojaban tambien en la bóveda sus bastones cubiertos de crespon; y despues el mayordomo mayor decia: «El rey ha muerto.» El rey de armas, volviéndose hácia la asamblea repetia en alta voz: «El rey ha muerto, el rey ha muerto, el rey ha muerto: roguemos á Dios por la salud de su alma.» Despues de algunos momentos el mayordomo mayor gritaba: «¡Viva el rey! ¡Viva el rey! ¡Viva el rey!» E inmediatamente se tremolaba la bandera de Francia, y el gefe de la casa del rey agitaba su baston, y toda la iglesia resonaba con el sonido de las trompetas, de los timbales, y de las músicas, y se retiraba la comitiva.

Tales eran las ceremonias que se observaban en el entierro de los reyes de Francia. Estas ceremonias no se hacian ordinariamente sino á los cuarenta dias despues de su muerte. Durante este tiempo se esponia su imágen de cera á la vista del pueblo, sobre un lecho fúnebre, con todo el brillo de la magestad, continuando en servírsele á sus horas de comer, como si estuviera vivo.

Poníase la mesa por los oficiales de la furriera. El servicio era llevado por gentiles-hombres de boca, y por el maestresala, y el copero, y demas oficiales, los cuales cubrian la mesa con la reverencia y genuflexiones que tenian costumbre de hacerlo. Despues se cortaba y preparaba el pan, la carne, y el servicio era conducido por siete maceros; otro conducia todo el resto de la vagilla; y se continuaba asi en la misma forma que si estuviese el rey presente. Al fin de la comida se le presentaba una palanquilla para lavarse, y se recitaban las gracias en la forma ordinaria, añadiéndose el *de profundis*.

El abad y la iglesia de San Dionisio gozaron en plena paz de sus riquezas, de sus prerogativas y privilegios, hasta 1792. Entonces se alzaron para ella los dias de luto y de ruina. La abadía fué envuelta en la supresion general de los conventos; la iglesia vió profanar todas sus cenizas reales, y destruir sus sepulcros. Tratóse en 1794 de demolerla hasta en sus cimientos. Aunque este proyecto no fué ejecutado, no dejó por eso la iglesia de perder su techo de plomo, que sirvió para hacer balas contra los enemigos de la república. En el Imperio aquella iglesia comenzó á reco-brar alguna cosa de su pasado esplendor, porque Napoleon decretó que sirviese para sepultura de los emperadores de su dinastía: pero él mismo no pudo gozar de su sepulcro,

para servirnos de la espresion de Bossuet sobre los reyes de Egipto y sus pirámides. Sea de esto lo que fuere, la reparacion de San Dionisio se ha verificado con cuidado en tiempo de la Restauracion, y se han hecho trabajos que la han vuelto á colocar segunda vez entre las mas hermosas y ricas iglesias de Francia. Ya ha vuelto á encontrar algunos de sus mas hermosos sepulcros, tales como los de Dagoberto, de la reina Nantilda, de Francisco I, de Luis XII, de Enrique II; y ademas la arquitectura, la escultura, y la pintura, hace treinta y cuatro años que rivalizan en ador-



Vista de la abadía de San Dionisio.

nar la célebre basilica, para devolverle su antiguo destino de sepultura real. El último cadáver que se ha enterrado en San Dionisio, es el de Carlos X. Despues ha pasado la Francia por una monarquía electiva, por una segunda República, y hoy está pasando por el segundo Imperio..... El emperador Napoleon III va á reorganizar el antiguo capitulo, y devolverle sus grandes prerogativas.

EL CONDE DE FABRAQUER.